



EN ESTE NÚMERO

El cine y la moda, por Anita Planas. —
Jeanette Mac Donald en la película Monte
Carlo. — Mujeres bonitas. — Ellos y Char-
lie, por Rafael Martínez Gaudin, etc., etc.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

30

AÑO II N.º 35
 4 de abril de 1931



La graciosa artista, Conchita Montenegro, protagonista con Ramón Novarro, de la película Metro-Goldwyn-Mayer «Sevilla de mis Amores», cuyo argumento publicamos en este número.

FILMS
SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECCION
Tomás G. Larnau



REDACCION
ADMINISTRACION
DIRECCION 25011 19022
BARCELONA

REDACCION EN
MADRID (continua)
EL HOGAR Y LA MUJER
Valverde, 82 y 82



PRECIOS
DE
SUSCRIPCION

Lapala y folletos
Trimestre 375
Semestre 750
Año 1500

Anuncios y Portada
Trimestre 450
Semestre 900
Año 1800



CADA
SABADO

NÚMERO SUJETO
30
CÉNTIMOS

José S. Roperó, precursor español

UNA vez más, en nuestra patria, se da el caso del inventor que muere desconocido, ignorado, mientras su invento (acaso por coincidencia o simultaneidad de otros sabios en el descubrimiento, tal vez por sucesión de circunstancias que llevan ese descubrimiento a lugares más acogedores) triunfa y da gloria y provecho a multitud de gentes. Esto que ha ocurrido ya varias veces, vuelve a mostrárenos en toda su realidad y amargura en el caso concreto de José R. Roperó, con cuya familia hemos tenido el gusto de hablar recientemente, pudiendo obtener todo género de detalles y pruebas de que el señor Salvador Roperó, fué un precursor en el invento del fonofilm o cine sonoro, hoy universalmente reconocido como invención norteamericana... Modesto artista almeriense, que residió durante varios años en Barcelona, habiendo dado en distintas ocasiones pruebas de su extraordinaria inventiva, dedicó largo tiempo y constantes desvelos a la invención de «un ingeniosísimo aparato — «Nuevo Mundo», del 15 de diciembre de 1910 — que resuelve en absoluto el problema del sincronismo entre las figuras cinematográficas y las máquinas parlantes, guardando además verdadera precisión para que el fonógrafo o gramófono responda a los movimientos de la película». Según informa asimismo la revista citada, las pruebas privadas del aparato fueron presenciadas por una nutrida representación de la prensa barcelonesa, y varios técnicos, entre ellos el director de la Biblioteca Ferroviaria Internacional, don Luis Zurdo Olivares, saliendo todos convencidos y satisfechos y brindando por la pronta implantación de tan importante como utilísimo aparato. El almanaque «Bailly-Baillière», del año 1912, incluye también, entre las fotografías que recuerdan los sucesos más salientes del año transcurrido, el retrato de don José S. Roperó «inventor de un aparato combinando el cinematógrafo y el fonógrafo». Pero la prueba más palpable es la patente de invención que con el núm. 49.039 (libro 74, folio 540) fué otorgada al señor Roperó en 27 de diciembre de 1910.

La validez de esta patente — ¡oh, ironía de las cosas! — ha caducado hace justamente un año, en el preciso instante en que el cine sonoro (representado, en primer lugar, por el «Vitáfono» de los Warner, que no es otra cosa que fonógrafo y cine combinados) alcanzaba triunfo, realidad, popularidad ¡y millones de dólares!

Caducó la patente; ya no existe don José Salvador Roperó. Mas al citar aquí su nombre como el de uno de los precursores del actual cine sonoro, creemos cumplir con un estricto deber de justicia.

(De La Vanguardia)

F. C.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, 375 pts. Semestre, 750-Año, 1500

Nombre

Calle

núm.

Población

Provincia

Desee suscribirse a **films selectos** por un trimestre — semestre — un año. (Táchese lo que no interese.) A partir del 1.º

El importe se lo remito por giro postal número

Impuesto en

o en sellos de correo. (Táchese lo que no interese.)

(Firma del suscriptor)

de
(Fecha)

de 1931

Films Selectos sale cada sábado

De unos a otros

Publicaremos en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine. Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envían, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el pseudónimo que quieran que figure al publicarse. No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

142. — Una canaria agradecerá le indiquen la dirección del artista de cine Juan Torera, protagonista de la película *Del mismo barro*.

143. — *Mioler cauleta* desearía que algún lector o lectora me solucionase todo lo referente para pedir su fotografía a Dina Gralla. Si se le puede escribir en castellano y su dirección.

Gracias anticipadas y quedo a las órdenes de los lectores de la mejor revista cinematográfica española.

144. — Jack pregunta dónde podría encontrar la letra en inglés de la canción «Sonny Boy», de *El loco cantor*.

145. — Un soriano espera de la amabilidad de los lectores de esta sección le contesten a las siguientes demandas, anticipándole gracias.

Desearía saber algo referente a Norma Shearer. Sólo sé de esta artista que es muy humilde y esta cualidad — desconocida en la mayor parte de las artistas — ha hecho que me sea simpática.

¿Qué artista es y cómo se llama el que hace de protagonista en *Bajo el cielo de Monte-Carlo*?

146. — U. F. A. desearía de los amables lectores de *Prism Selectos* le proporcionasen la letra del tango *Misa de ones*.

147. — El entusiasta pregunta: ¿Qué méritos tiene que hacer un muchacho de diez y ocho años para llegar a artista de cine, o qué estudios?

CONTESTACIONES

107. — F. D. Puche «El Caballero Negro» contesta a *Pelirroja leiridana*: La contestación categórica que se podría dar a su pregunta es que no. Ahora bien; no es que quiera decir con esto que por obra y gracia del maquillaje sean las artistas tan bonitas cual nosotros las vemos, no; esto sería un absurdo grandísimo pues ni con maquillaje ni con nada se puede hacer una cara bonita si no lo es.

Es el maquillaje solamente una máscara (valga la comparación) con la que se ocultan ciertas imperfecciones del cutis (y a veces de las facciones) ya que el objetivo indiscreto de la cámara los recoge y amplifica de una forma clara y precisa. No es el maquillaje, por tanto, cosa que reste méritos a los atractivos físicos de una artista o un «astro» pues para suprimir el maquillaje se necesitaría poseer el cutis liso completamente y sin defectos (granos, arrugas, etc.) como al fuera de cura, cosa humanamente imposible. Para demostrar que no tienen el mismo aspecto maquillados que sin maquillar basta el siguiente caso.

En cierta ocasión llegó a Barcelona un artista español (su nombre no hace al caso) y como ocurre en ciertas ocasiones, no faltó gente que le fuera a esperar, entre ella, claro está, una representación del sexo bello deseosa de ver al galán en cuerpo real... en fin baste para acabar que el desencanto se hallaba retratado en todos los semblantes y alguno exclamó para sí: «Bah! No es tan fiero el león como le pintan...»

108. — De Pepe Albarete para *Pelirroja leiridana*: Contestando a su pregunta, simpática leiridana, debo decirle que las estrellas del cine por lo regular son todas bellas, pero en las películas, gracias al maquillaje, son unos rostros que nos parecen no hay otros en el mundo.

Si no fuera por el maquillaje, muchas de las más antiguas estrellas del cine se hubieran ya retirado, pero gracias a éste, aparecen en sus películas filmadas últimamente tan jóvenes y bellas o quizás más, que en las primeras filmadas hace años sin los medios de ahora.

Norma y Constance Talmadge, Gloria Swanson, Mary Pickford, Pola Negri y otras que pudiéramos llamar del antiguo régimen, son las que sin el maquillaje

Filmoteca CONCURSO

25,000 ptas. de premios

$$\begin{array}{r} 6 + \cdot + \cdot = 18 \\ \cdot + 6 + \cdot = 18 \\ \cdot + \cdot + 6 = 18 \\ 18 \quad 18 \quad 18 \end{array}$$

Con los números 6 puestos en diagonal y con otras dos cifras llenar los seis cuadrécitos de nuestro dibujo de manera que, sumándolos por todos lados, se obtenga siempre el número 18.

Envíenos la solución de este concurso con un sobre, sin sello, a su dirección, a fin de poder darle el resultado del concurso. Colocándose a las condiciones de nuestro concurso, mencionadas en la carta que le mandaremos. Vd. podrá, eventualmente, obtener un hermoso premio completamente gratis.

Escríbalo: PALMA, 99, Boulevard Auguste-Blanqui, PARIS (13e) - (Francia).

que se usa ahora, se hubieran ya retirado. Otro ejemplo: sabe usted que el maquillaje hace caras jóvenes y viejas, bonitas y feas. Pues bien, Louise Fazenda, que tiene una cara no muy guapa pero sí bastante bonita, gracias al maquillaje, le ponen una cara horripilante, y ya le digo, la chica no es tan fea como la pintan.

Vea si le es posible uno de los últimos números de *Estampa*. En él vienen varias fotografías de estrellas del cine en las que están tal cual son, sin maquillar, ni focos de luz, o sea, fotografía al aire libre y verá como distan mucho esos rostros de los admirados por nosotros en sus producciones. Las fotografías que le digo le hablarán mucho más claro que todas las explicaciones que desde la simpática revista *Prism Selectos* le podamos dar sus lectores. Creo queda complicada y hubiera sido mi deseo haber sabido su dirección en Llerida para contestarle particularmente, pues temo haber abusado de la amabilidad de esta revista.

109. — De *Orgullosa salvaje* para *Un beso a media luz*: Mary Brian nació el 17 de febrero de 1909, en Corsicana (Texas). Tiene los ojos azules, el cabello castaño y mide 1,52 metros de estatura. Su verdadero nombre es Louise Dantzer.

Esta famosa artista, considerada como una de las más ingenuas serias y modestas de la colonia cinematográfica, es soltera, a pesar de haber sido la novia romántica de casi todos los jóvenes de la pantalla. En la actualidad tiene por novio al joven galán Phillips Holmes, en unión del cual interpretará dentro de poco un film sonoro.

¡JOVENES! ¡JOVENES!

que tenéis muchos granos en la cara (Acné juvenil), podéis eliminarlos obteniendo un cutis limpio y agradable usando

OXILON

VENTA EN TODA BUENA PERFUMERÍA Y FARMACIA

Para instrucciones escribid a
PRODUCTOS CUTISAN
Muntaner, 10. - Barcelona

TINTURA MARTHAND

DE POSITIVOS Y RAPIDOS RESULTADOS



Tiñe las CANAS

con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña . . . 4 ptas.
Caja grande . . . 6 »

DE VENTA EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS



Charles Spencer Chaplin, más conocido por «Charlie» y en España por «Charlot», acompañado de la bellísima artista Thelma Todd y del director Mervyn Le Roy

Edna Purviance fué la primera mujer que elevó Chaplin desde un plano modesto a la posición de «star». Y acusó ha sido Edna la única que agradeció lo que Charlie hizo por ella, no queriendo trabajar con otro actor que no fuera él. Edna fué, durante algunos años, la recompensa rubia que recibía el pobre, el desgraciado Charlie al final de todas sus bandadas; la única que le comprendía y sabía esperar a que pasaran todas las desventuras que le ocurren a Charlie en sus «films», llenos de filosofía y de sentimentalismo. Y, seguramente, de todas sus compañeras, ha sido Edna también la única que no ha sido amada pasionalmente por «Charlot».

Porque este actor genial se enamora irremediablemente, fatalmente, de todas las muchachitas que se complace en sacar en sus películas. Muchachitas desconocidas que él encuentra nadie sabe dónde y que, con una generosidad sin límites, transforma, de la noche a la mañana, en «estrellas» famosas y envidiadas. Ellas, ¡ay!, no le corresponden con la misma moneda, y cuando son ya célebres y ricas, vuelven su espalda a Charlie.

El, entonces, acentúa aún más su habitual mirada triste y en sus labios se dibuja, mientras se alejan, un pliegue de amargura; luego reacciona; se encoge

ELLAS Y CHARLIE

por RAFAEL MARTÍNEZ GANDÍA

de hombros, da una vuelta sobre un pie, hace girar su bastoncillo y se marcha a sitios desconocidos, de donde volverá con una nueva jovencita, tan desconocida y tan tímida como las que la precedieron. Una jovencita que es la actriz de su film próximo.

Lita Grey, Georgia Hale, Merna Kennedy... Todas ellas fueron sacadas del montón anónimo por Charlie. Lita llegó a ser su esposa. Tuvo Chaplin dos hijos con ella. Dos hijos que a Lita le aseguraban una participación en las ganancias del actor, que vivió con ella, tal vez, el mayor amor de su vida.

Cuando Lita le abandonó, encontró a Georgia Hale y colmó sus sueños de gloria dándole el primer papel en «La quimera del oro». Vino el éxito, y ella fué contratada por Paramount. Charlie volvió entonces sus ojos hacia Merna Kennedy. Y Merna, igual que en «El circo», prefirió el amor del artista más arrogante y más guapo de todos los de la compañía al sacrificio del pobre vagabundo, en la vida optó por vivir con

otro su poema de amor. Ahora es la nueva actriz de su último film la que Charlie ha tenido que olvidar ya, después de lanzarla en «Las luces de la ciudad».

PERO no son sólo las compañeras de sus películas las que lastiman el corazón de Charlie. Empezando por su primera esposa, Mildred Harris, una actriz que tenía veinte años cuando Charlie la conoció y que después de vivir varios años con él se divorció, alegando que su marido era un neurasténico incurable, que hace insostenible la vida de cuantos le rodean, y acabando por Conchita Montenegro, nuestra gentil compatriota, que después de exhibirse estos meses pasados con Chaplin en varios restaurantes y cabarets de Hollywood, ha declarado que es el hombre más encantador e interesante del mundo, existe una serie de nombres femeninos, cuya publicación sería casi interminable. Apenas hay una «estrella» en Hollywood que no haya visto alguna vez su nombre unido al de Chaplin. Unas veces por capricho de los chismosos; otras por conveniencias publicitarias; ya que el nombre de Charlie es un excelente reclamo para ellas.

De todos modos, su amistad con algunas beidades del cinema es

(Continúa en la página 24)

La Rémora del Adjetivo

Es una de mis concepciones más arraigadas la de que entre las más desastrosas cualidades de la época moderna, hay que contar esta de la «facilidad». Se aprende, se ama, se vive y se crea, al vuelo, fácil, fácilmente..., se ganan fortunas en cinco minutos, con sólo echar una firma a un contrato; se aprende a hablar el idioma más difícil en sólo diez días, por medio de la pronunciación figurada; se poseen los secretos de la laboriosa ejecución pianística — que antes costaban una vida entera — con dedicar unas pesetas y aplicar los ples a una pianola; no se admiten no-

vios sino a corto plazo, se leen novelas breves; la literatura se escribe a máquina, y las cartas de amor... por teléfono. Las carreras son cada vez más cortas, el éxito de un sistema filosófico reside en que esté «al alcance de todo el mundo», porque nadie quiere elevar sus entendederas hasta alcances más altos... La industria la hacen las máquinas; en arte, por estar ya todo hecho, con reproducir basta...

Mas, como el tiempo no respeta lo que se hizo sin contar con él, como no hay stajo sin trabajo ni facilidad absoluta, resulta que las fortunas se pierden como se ganaron, que hablamos los idiomas y no los entendemos, que la música de la pianola sabe a conserva, que el amor fácil es humo, y la fácil filosofía agua de borrajas.

De los encajes y los brocados que con tanta facilidad nos regalan las máquinas no quedará un átomo cuando aun sea regalo de los ojos de nuestros biznietos la trama sutil que a fuerza de vencidas dificultades, urdieron los dedos pacientes de las bisabuelas de nuestras bisabuelas... Y los viejos santuarios que hace cientos de años elevó el esfuerzo fervoroso de las generaciones, verán cómo se desmorona a sus pies, con la mayor facilidad, el azúcar cande de que fácil, fácilmente ha sido formado el noventa y ocho por ciento de nuestras construcciones modernas.



Foto exclusiva para FILMS SELECTOS de Ralph Forbes, actor principal de la grandiosa cinta sonora de la Radio «Beau Ideal», continuación de «Beau Geste», en la que Forbes también tomó parte.

Si vivimos en plena época novecentista, renovado en pleno tiempo de facilidades, el cinematógrafo se resiente hondamente de la facilidad que le envuelve, y que es para él, más que para otra cosa alguna, cualidad negativa. Todo en el cine, para mucha gente, parecía ser fácil. Fácil hacer dinero, fácil lanzar artistas, fácil cautivar públicos, fácil escribir argumentos, fácil la creación, fácil la producción, fácil la interpretación, fácil la crítica y fácil el éxito...

Este último resultado, corona y remate de todos los demás, que el industrialismo traducía en redondos y orondos guarismos anotados en el libro de Caja, primero, y en no menos redondas, si que más orondas monedas encerradas en esa misma caja, después, obteníase con toda facilidad, en un principio, merced a un único decisivo e infalible factor: el adjetivo. Hubo un tiempo en que, teniendo a mano un diccionario de adjetivos que emplear a granel, no hacía falta más para hablar y juzgar las cosas del cine. Así, la estrella era invariablemente bellísima, elegante, deliciosa, fascinadora, sugestiva, eminente, insigne, famosísima, genial, arrebatadora, incomparable, etcétera, etcétera. El astro, célebre, valeroso, guapo, irresistible, infatigable, renombrado, noble, y desde luego eminente, genial, sugestivo, etcétera, etcétera, (que los adjetivos cinematográficos ofrecen la ventaja de ser igualmente aplica-

bles a uno u otro sexo). En cuanto a las producciones en sí, se les adjudicaban los más peregrinos adjetivos: piramidal, colosal, estupendo, superior, resuperior, supersuperior, archisuperior, se entresacaban del repertorio más discreto. Si el elogio se razonaba, dejando los adjetivos en el tintero, los productores y distribuidores se enojaban. Bien o mal aplicado, lo importante era el adjetivo.

Mas el cinematógrafo, que, en esta como en otras cosas, anda un tanto al revés, después de haber conocido primero la época de máxima facilidad, pasa ahora su prueba de dificultades. Lógica

y justamente, cuanto más se le da, más se le exige. Los más grandes artistas, los más puros prestigios intelectuales, se ocupan del cine; los comités de ciencias y de artes le hacen sitio a su lado; entra ya, como en dominio propio, en la Sorbona y en la Casa Blanca. Si no quiere hacer un mal papel en todos esos sitios, es preciso que adquiera serenidad, que deje a un lado los platillos y el bombo — estridencias de barutillo — que refrene su anhelo de encumbramiento rápido. He aquí por qué en otros países donde el cine goza ya plenitud de prestigio, las producciones no se aíanan: se discuten. Y aquí noce la crítica y muere el adjetivo. Sólo entre nosotros sigue cotizándose el adjetivo a granel, por absurdo y estúpido que sea, mientras se mira como enemigo al crítico sereno que discute y realiza, mas no ensalza ni pega; sólo aquí parece ignorarse que no tiene ningún valor decir que una cosa es buena, si no demuestra en qué consiste su bondad, como nada significa calificarla de mala, si no aclaramos cuáles son, en qué consisten sus defectos...

Es decir, es decir... Todo esto parecen ignorarlo los más interesados en saberlo. No el público. Del público podemos asegurar ya que lee las crónicas de cine prescindiendo de los adjetivos. Lo que es igual que leer una palabra si y otra no. Hasta que deje de leerlas todas.

MARÍA LUZ

SEVILLA DE MIS AMORES

Filmoteca



Película M.-G.-M

Reparto: Juan de Dios, Ramón Novarro. — María Consuelo, Conchita Montenegro. — Tío Esteban, José Soriano Viosca. — Madre Superiora, Señora L. G. de Samaniego. — Lola, Rosita Ballester. — Enrique Vargas, Martín Garralaga. — Lulú, Señora María Calvo. — Empresario, Michael Vavitch.

Director: Ramón Novarro. — Argumento: Dorothy Farnum. — Diálogo: John Colton. — Versión española: Ramón Guerrero.

SINOPSIS. — Juan, un joven cantor en un café de Sevilla, vive con Esteban, antiguo tenor de ópera que ha perdido la voz, pero que está preparando a un muchacho para una carrera musical. Juan, sin embargo, es un joven alegre y despreocupado, que se entrega de preferencia a los placeres del momento y a su flirteo con Lola, la bailarina del café cantante, que está enamorada de él.

Contiguo al café de la Mariposa, se levanta el convento donde María Consuelo es una de las postulantes. Ha visto a Juan por encima de la pared, y se siente atraída por la fascinación de sus canciones. El hermano de María Consuelo viene a visitar a su hermana. La joven sugiere que la saque del convento, pero él insiste en que tome el velo. Ella se escapa y se asila en casa de Juan. Juan se enamora de ella y resuelve llevarla a Madrid con Esteban, donde estudiará él para la ópera.



Esteban consigue que el empresario de la ópera olga a Juan. Este se desempeña mal.

—Necesitas sufrir antes de llegar a ser un gran artista — dice el empresario. Juan se ríe. A su regreso a la casa encuentra al hermano de María Consuelo, y resuelve con Juan llevar de nuevo a su hermana al convento.

Lo llaman para cantar en la ópera. Con el corazón sangrando de pesar, canta... y triunfa, como le había pronosticado el empresario. Pero su antiguo espíritu ha muerto. Lola, comprendiéndolo así, visita a la Superiora, y le expone la situación. La Superiora convence a María Consuelo de que Dios no exige tamaño sacrificio, y los enamorados se reúnen, encontrando la felicidad.



Joan Crawford, la muñeca adorable de Hollywood, y hoy una de las más admiradas estrellas del cine

No hace muchos años se celebró en Nueva York un concurso de Belleza, organizado por «Photoplay Magazine», para elegir, entre las más bellas jóvenes neoyorkinas, la que más se acercase a las proporciones

impuestas por la estética maravillosa de la Venus griega como prototipo de Belleza femenina. Ni que decir tiene, queridos lectores, que fueron muchas las bellas que se creyeron tan admirablemente dotadas co-

mo la madre del Amor, y, ante un cierto número de escultores que formaban el jurado, se presentaron deseosas de conquistar el premio apetecido por su divina coquetería.

Las decepciones fueron tan-

tas como las arenas del desierto, pues muchas de las más renombradas reinas de la belleza en distintas esferas, revelaron en su cuerpo pequeños defectos adorables siempre, pero que las alejaban del ansiado calificativo.

El cuello de las unas, el talle de las otras, el busto de las más, escondían, ocultos a toda mirada, pequeños detalles ante los que Venus hubiera protestado. Esto les ocurrió a bellezas universales como Norma Shearer, Marion Davies y Greta Garbo, variadas sin duda en distinto molde.

Pero no así a Joan Crawford, la muñeca adorable de Hollywood y hoy una de las más admirables estrellas del cine.

Sus diez y ocho años espléndidos impresionaron al jurado a través de sus ojos magníficos, llenos de lejanías y de infinito, y luego su cuerpo, divina maravilla de carne rosada, les obligó a rendir la admiración de su juicio ante la eulimnia en que se definían sus líneas, sujetas por el beso de la belleza a una plástica perfecta de prodigiosas proporciones.

Sonreía el jurado ante el milagro de nácar y sangre que se mostraba ante sus pupilas entornadas por la admiración, y sonreía desde los claros cielos en que moran los mitos, la madre Venus y el Amor mismo, el travieso rapazuelo del carcaj.

Una y otro veían en Joan aliada encantadora de sus conquistas de almas, y una y otro se miraron en ella para besarla en la frente, sobre los labios y sobre la luz radiante de sus pupilas glaucas, gemas de prodigio encendidas en polvo de soles.

Yo, queridos lectores, no conozco a Joan Crawford más que a través de las fotografías que nos la muestran adorable, pero desde hace mucho tiempo anhelaba saber algo que me diese idea de lo que en la mujer — para mis gustos de sentimental empedernido — vale tanto como unos labios encendidos en la sangre de mil claveles reventones; como unas mejillas besadas por las alas de una perpetua y eterna primavera; como unos ojos prendidos en luminosidades siderales, y como un cuerpo dotado de clásicas y admirables perfecciones.

Anhelaba saber del fuego

sagrado que discurre y se recrea en la estatua de carne que todos conocemos y soñe siempre con saber de su exquisita feminidad, de su temperamento y de su espíritu, pues nunca quise creer que a tanta perfección externa no acompañase una depurada sensibilidad y una deliciosa y adorable alma femenina, capaz de todas las delicadezas y de todas las más bellas definiciones sentimentales.

Por eso, cuando tuve ocasión, intenté penetrar en los más ocultos rincones de su espíritu, y, para ello, aproveché la ocasión que me ofrecía uno de sus íntimos, Charles Strinberg, músico y bohemio, trotamundos infatigable que un día plantó su tienda en los jardines espirituales de la adorable muñeca neoyorkina, y supo de su triste pasado y de su presente espléndido, influyendo, incluso, en su futuro, según rumores que un día comentaron la intimidad del músico y de la artista deliciosa, que, de par en par, abrió, ante los afanes sentimentales del compositor, el alcázar cerrado de su alma.

—Joan Crawford — me decía Charles Strinberg — no es la mujercita fría, vacua, banal e inconsciente que se encuentra en casi todas las «estrellas» de Los Angeles.

Su infancia no fué, para ella, más que una charca sucia en la que naufragaron los barquitos de papel de su alma niña. Otro tanto puede decirse de su primera juventud. Abandonada de su padre, sujeta a los caprichos de una madre débil, y libre al impulso loco de sus ensueños fugitivos, hubo de soportar el choque torturador de sus ideales con la realidad más cruel. De haber estado dotada de una fortaleza espiritual más enteca y de un temperamento más endebile, la desilusión hubiera acabado por anormalizar sus horas, rompiendo el perfecto equilibrio de sus nervios. Pero Joan Crawford posee, a más de una firmeza temperamental muy honda, un cerebro admirablemente dotado, y en lugar de los efectos anormalizadores, su espíritu se depuró aun más y de la lucha de sus impulsos y de sus ideales surgió esta adorable mujercita de hoy, tan perfecta, tan equilibrada y tan exquisita.

Los ojos de mi amigo Charles se entornan y pa-



Joan Crawford, no es la mujercita fría, vacua, banal e inconsciente que se encuentra en casi todas las «estrellas» de los Angeles

recen tratar de arrancar la imagen de la bella del mundo vibrante de sus recuerdos más queridos. El humo de su pipa finge espirales ágiles sobre su frente amplia de soñador sempiterno y en sus sabios car-

nosos se dibuja una sonrisa amarga.

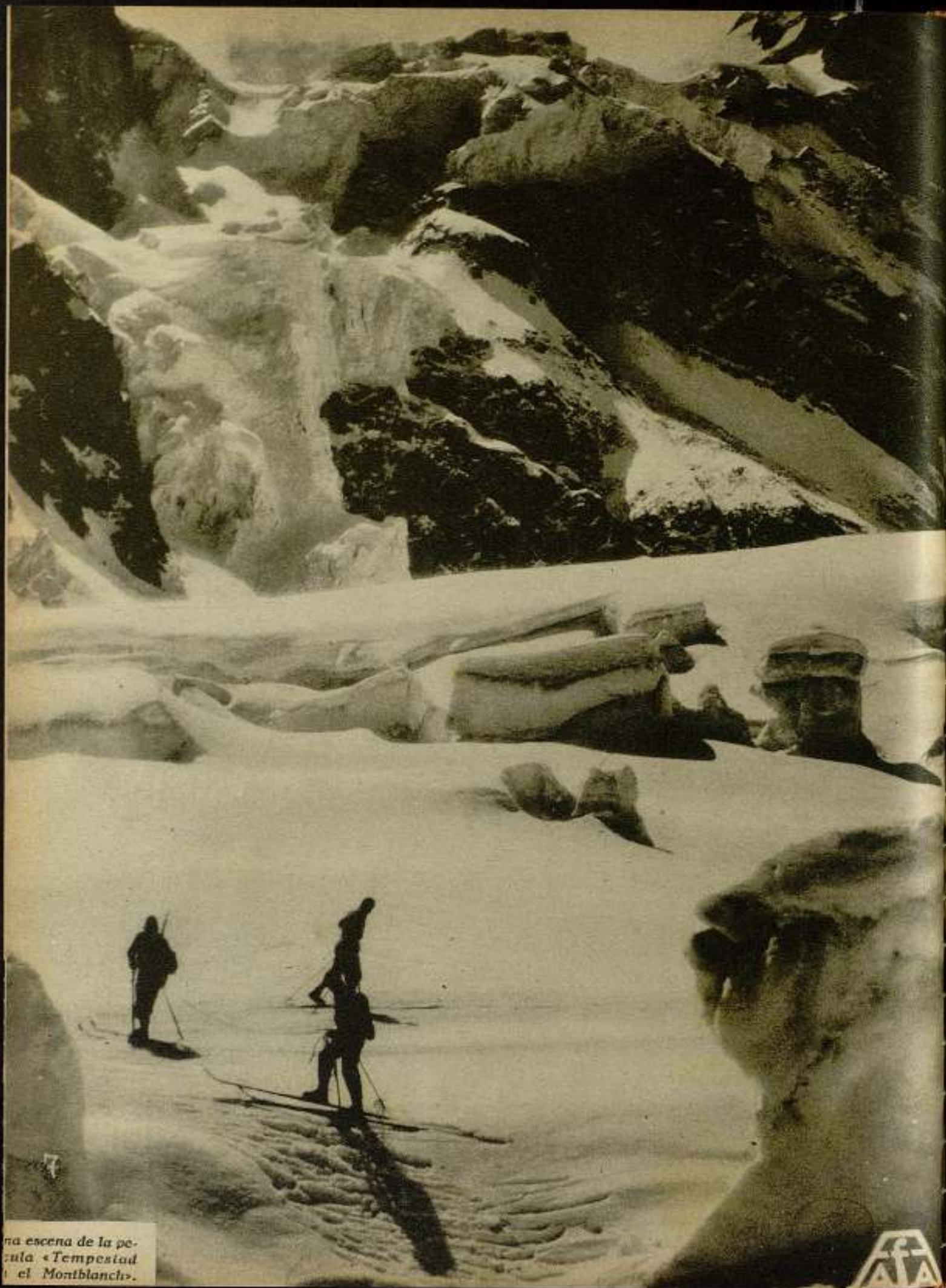
Algo hay en mi compañero que, más que sus palabras, me habla de la espiritualidad de Joan.

Charles vuelve a la realidad y se sumerge otra vez

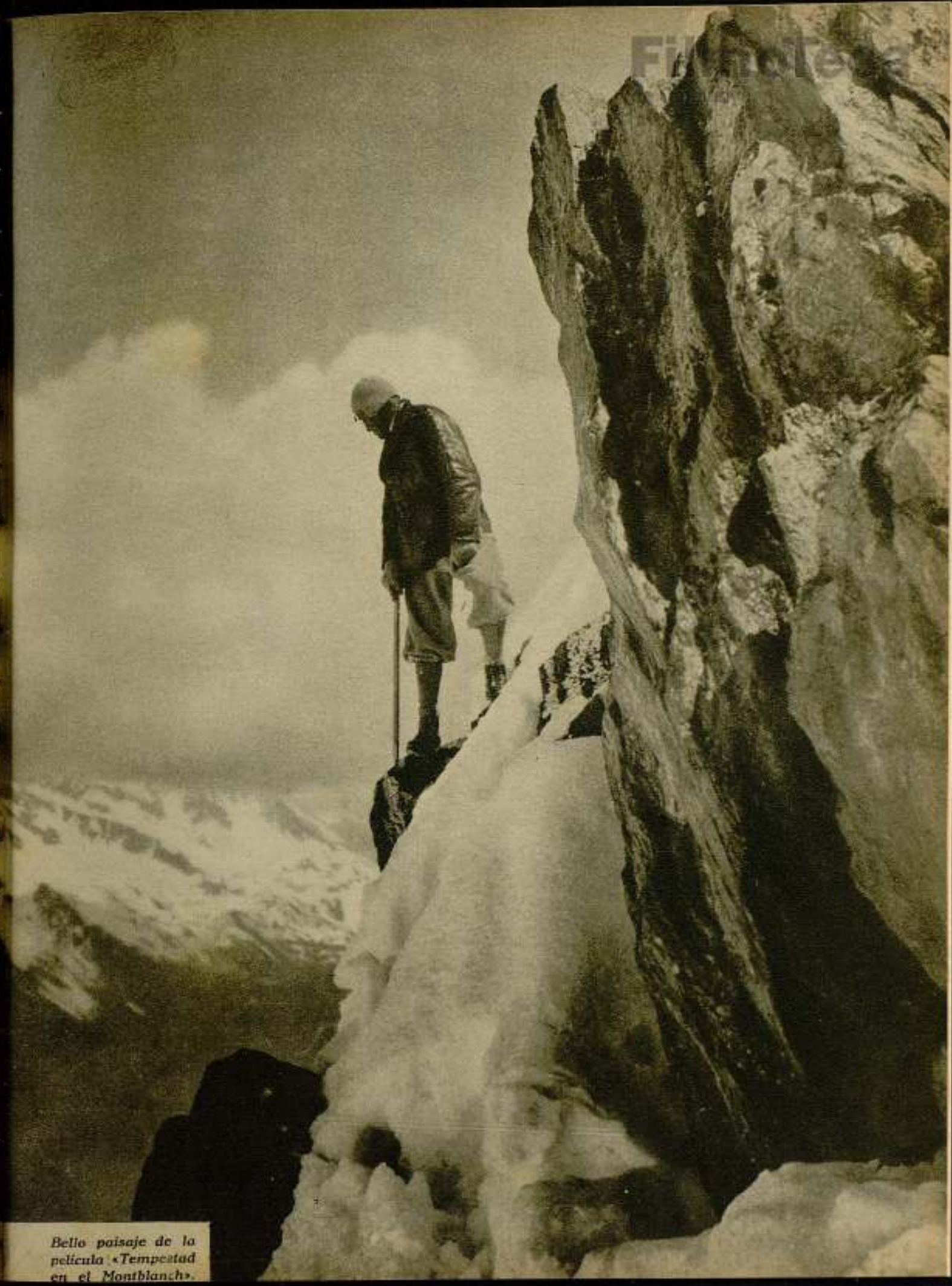
en el abismo glauco que le finge el ajeno.

—¡Joan Crawford! — exclama mi romántico compañero —. ¡Si la conocieras...! ¡Si hubieras sabido de su alma y...!

MARTÍNEZ DE RUERA



Una escena de la película «Tempestad en el Montblanch».



Bello paisaje de la película «Tempestad en el Montblanch».

TITULOS DE PELICULAS



Del mismo barro.



La mujer en la luna.



¡ALELUIA!



Fiel a la "Marina"



Sadron de amor



Romanza sentimental



QUE FENÓMENO!



Orquídeas salvajes



El gran charco.



Casados en Hollywood



Hombres de hierro.



ESTRELLADOS!

NOVIOS

Las parejas que damos en esta página, son doblemente interesantes, no sólo por los modelos de vestidos que lucen, sino porque los novios son padre e hijo, pues todos los lectores supondrán que habrán reconocido en ellos, a los dos Douglas Fairbanks.



Douglas Fairbanks padre, lleva de pareja a la que con él es protagonista en la película de los Artistas Asociados "Para alcanzar la luna", Bebé Daniels, que luce un lujoso a la par que sencillo vestido de novia, cuya falda lleva secciones postizas, cortadas muy en forma para que formen godets.

La pareja menos regocijada y cuya fotografía tiene más aspecto del clásico retrato de novios, está compuesta de Douglas Fairbanks y su actual esposa Joan Crawford, aunque este retrato no sea el de su boda, pues es una escena de la película M.-G.-M., titulada "Niñas Modernas". La bellísima Joan Crawford, luce un vestido de novia de cuerpo muy ajustado hasta más abajo de las caderas y cortado en forma con gran amplitud en la falda, que llega por detrás hasta el suelo y sube por delante, hasta casi la altura de los rodillos.

Anita PLANAS



Varias actitudes de la simpatísima JEANNETTE MAC DONALD, en la película Paramount, próxima a estrenarse "Monte-Carlo"



MUJERES BONITAS

Joyce Compton, artista de la Fox

El uso diario de la lima, ayudará para conservar el borde de la uña, sin asperezas ni desigualdades, perfectamente redondeada y del largo conveniente, esto contribuirá a mantener las uñas siempre iguales.



La cutícula requiere una continua vigilancia y un minucioso cuidado, mediante un palito de arroyo, uno de cuyos extremos se envuelve en algodón, convenientemente empapado de aceite de tocador o crema suavizadora.



No deben usarse esmaltes, que se resquebrajan en seguida y prestan a la uña un rojo agresivo o un aspecto artificial. El bello natural de la uña, se conserva, sencillamente, con el uso diario de un buen "polisher" y al acaso, un buen polvo pulcra.



COMO CONSERVAR LA HERMOSURA DE LAS UÑAS

ILUSTRADA POR FAY WRAY ACTRIZ DE LA PARAMOUNT

Para aumentar la belleza de las manos es todo, posible, un ligero masaje, dos veces al día, con crema o loción. Este masaje debe hacerse desde la punta de los dedos hasta la muñeca.



Unas gotas de perfume, esparcidas en la palma de la mano, darán un retoque final al tocado de las manos.



En cambio, por la noche y para que las manos conserven su finura, se usará unos guantes blancos, apolvorados con talco.



Abróchense éstos y consérvense así toda la noche, con lo que se evitarán rojeces y asperezas de la piel.

LA AMISTAD Y LA

ENVIDIA EN HOLLYWOOD



El arte no ha sido nunca terreno propicio para el desarrollo de la amistad. La gloria, casquivana y voluble — no en balde es mujer y tiene muchos adoradores — se complace en dar celos a sus pretendientes, que se convierten en seguida en rivales y que de ahí pasan al odio enconado, terminando a trompicones, si Dios no lo remedia.

Sólo en las humildades de la farándula o de la *roulotte* se respira un ambiente de cordialidad, que llega con frecuencia al afecto fraterno. Y es porque esos peregrinos del arte no cortejan a la gloria, sino a la comida, que, pese a su feminidad, es demasiado seria y práctica para andarse con devaneos. Por eso sus pretendientes, lejos de dividirse, pueden formar un frente único para lanzarse a la conquista.

Pero cuando la compañía de circo no viaja en *roulotte* sino en expreso, y no trabaja en misero tinglado, sino en las pistas de Berlín, Madrid o Londres, las águilas humanas quisieran ser águilas de verdad para despanturrar al fakir que se lleva de calle al público porque se deja plantar clavos en la cabeza, y éste los plantaría de buena gana en las nuca de las águilas humanas, que también tienen sus partidarios.

Esto viene muy a cuento, porque vamos a hablar de la amistad en los artistas de la pantalla. Entre ellos, los celos y las rivalidades adquieren caracteres dramáticos. La gloria de los artistas de cine es universal y sus sueldos se cuentan por miles de dó-



Los ojos de Clara Bow y Carroll, el mentos que tan atraído a la causa de sus

las piernas de Nancy Carrolls correligionarios han afortunadas poseedores.

lares. En estas condiciones, no es extraño que los estudios estén amenazados constantemente de incendio, a causa de las miradas fulminantes que se dirigen las «estrellas». Si la estrella es mujer, el drama se convierte en tragedia. Los ojos de Clara Bow y las piernas de Nancy Carroll, elementos que tantos correligionarios han atraído a la causa

de sus afortunadas poseedoras, han levantado en el mundillo hollywoodense verdaderas tempestades de odios. Por eso, cuando en Hollywood surge una amistad, se produce un gran revuelo de extrañeza. Sin embargo, y felizmente, estos casos de amistad no han faltado nunca en Cielandia. Y vamos a citar algunos para que el lector se convenza.

Hugh Trevor llegó hace cuatro años a Hollywood como agente de una casa de seguros y acometió a Richard Dix. Este, no sólo se aseguró la vida, sino que propuso a Hugh, sin duda porque advirtió en él cualidades para triunfar en la pantalla, que se dedicara al cine.

Accedió Trevor encantado, y Richard le aleccionó y le introdujo en la Paramount haciendo de él el artista que es hoy. La simpatía que Richard sintió por el atento agente de una compañía de seguros no se ha extinguido aún, y como, naturalmente, Trevor siente hacia su maestro una gratitud inmensa, ha nacido entre ellos una sólida amistad que pasean por Hollywood orgullosamente, como el que exhibe un objeto raro y precioso.



Betty Compson y Bebé Daniels son también amigas excelentes. No en balde han hecho la carrera juntas y juntas han luchado por la fama durante quince años.

Robert Montgomery, Elliot Nugent y Chester Morris han formado un triunvirato cuya buena armonía no han logrado romper las discusiones que surgen durante los juegos deportivos que siempre practican juntos.

Richard Barthelmess, William Powell y Ronald Colman constituyen también un trio fraterno que, indefectiblemente, pasan los fines de semana a bordo de «El Pegaso», yatch que es propiedad del primero.

Charles Rogers y el pequeño Jackie Coogan son también muy buenos amigos, y una amistad semejante reina entre Ramón Novarro y Lawrence Tibbett, el héroe de «La canción de la estepa». Pero la amistad que actualmente está dando más que hablar en Hollywood es la que une a la pareja Douglas-Mary con los esposos Chevalier. Se visitan frecuentemente, pasean juntos y hacen excursiones en un solo automóvil.

También son Douglas y Mary grandes amigos de Chaplin. Pero en cuanto a éste hay que detenerse un poco porque es la excepción más formidable en el ambiente de rivalidades de Hollywood. Charlot es un corazón magnánimo y generoso, que si bien es verdad que rehuye las amistades nuevas, demuestra a las que ya tiene un verdadero afecto.

A pesar de su genio, es un hombre sencillo que no ha

sentido jamás una sombra de odio hacia nadie, ni siquiera hacia su segunda esposa que, al parecer, aliada con su mamá, se las arregló de modo que el buen Charlot tuvo que cederle la mitad de su fortuna a consecuencia de su divorcio. En cuanto a esta suegra de dudosos sentimientos, no estamos muy seguros de que Chaplin no le desee una hipercloridria crónica, pero eso no tiene nada de particular entre suegras y yernos. Cómo será Charlot para sus amistades, que Max Linder, el hombre que debía de ver en Chaplin un rival arrollador y triunfante, dejó escritas sinceras alabanzas sobre él, como artista y como hombre, antes de morir trágicamente. Y aun podríamos citar otros ejemplos. Pero nos parece que estas excepciones son suficientes para justificar la regla de las rivalidades en Hollywood.

José BAEZA



DIRECCIONES DE ESTRELLAS

Paramount Publix Studios, Hollywood, California.

Richard Arlen	O. P. Heggie	Warner Oland
Jean Arthur	Doris Hill	Guy Oliver
William Austin	Phillips Holmes	William Powell
George Bancroft	Helen Kane	Charles Rogers
Clara Bow	Dennis King	Lillian Roth
Mary Brian	Jack Loden	Regis Toomey
Clive Brook	Paul Lukas	Pay Wray
Nancy Carroll	John Loder	Gary Cooper
Robert Castle	Jeanette MacDonald	Kay Francis
Lane Chandler	Frederic March	Richard «Skeets»
Ruth Chatterton	David Newell	Gallagher
Maurice Chevalier	Jack Oakie	Harry Green



BIOGRAFÍA ::: CORTA

JORGE Lewis, nació en Guadalajara, Méjico, el 10 de diciembre de 1904. Se educó en San Diego, Coronado y Alameda, de California, además de asistir a varias escuelas de Wisconsin. Se especializó en Arte y estudió un curso comercial en Coronado. Mide seis pies de altura, pesa 165 libras, y tiene el pelo negro azabache y los ojos castaños.

Tan pronto acabó sus estudios, se trasladó a Hollywood, donde no tuvo dificultad en conseguir trabajo de extra en los estudios. Después desempeñó pequeños papeles y más tarde consiguió el papel de galán joven en «His People» (Su Gente) en la Universal. Finalmente se convirtió en primer actor y trabajó en «The Old Soak», «Give and Take», «13 Washington Square», «Honeymoon Flats» y «The Four Flushers». Después de esta última película, protagonizó las series de «Los Colegiales» (The Collegians), haciendo 44 de



JORGE LEWIS

estas películas, para la Universal.

Habla inglés y español correctamente. Aprendió a hablar español con su madre que nació en España.

Vivió por algunos años en Méjico, pero cuando la revolución, la familia entera tuvo que trasladarse de nuevo a los Estados Unidos, pues su padre es ciudadano americano, y se vió forzado a cerrar su negocio.

Cuando la guerra mundial, trató de alistarse, pero como sólo contaba 15 años, no le fué posible.

Prefiere trabajar en películas románticas y dramáticas. Es casado pero no tiene hijos. Su ambición desde pequeño fué ser actor. Lee dramas y novelas. No es supersticioso. Desde el advenimiento del cine hablado en español, Lewis ha trabajado como protagonista en varias producciones dialogadas en castellano para la Fox, entre ellas, «En nombre de la Amistad», «El último de los Vargas» y «Horizontes nuevos».

Una noche en Hollywood

Un paseo nocturno por Hollywood equivale a la lectura de un cuento fantástico y maravilloso.

Las calles han quedado muy pronto desiertas. Bares, restaurantes y centros de recreo se han cerrado. Sólo de largo en largo se ve la señal de una ventana iluminada. Es que la jornada empieza muy pronto en Hollywood, y pronto ha de terminar también. Los artistas han de estar en el Studio cuando el sol es todavía horizontal y amarillo. Las filas de extras se forman al amanecer, pues todas quieren un primer puesto.

Todo allí es arte — el arte de la pantalla —, pero su lado industrial ha sabido imprimirle el ritmo de afanosa actividad que caracteriza a la vida de los negocios en Norteamérica.

Hollywood se acuesta temprano para poder madrugar. Por eso duerme cuando en otras ciudades comienza la velada.

Sin embargo, no todo es en el reposo. Después de cruzar algunas calles solitarias y oscuras, llegamos a los Studios que fueron el germen de la población y continúan siendo la viscera más importante de su organismo, algo así como un corazón en un cuerpo humano. Exteriormente, los Studios son también enormes moles sombrías y en reposo; pero basta penetrar en cualquiera de ellos para cambiar de opinión. El mecanismo de los Studios no cesa un momento en sus funciones. Cuando empieza la jornada matinal, ha terminado otra nocturna. Hay que obtener todo el rendimiento de esa formidable máquina que ha de producir lo suficiente para atender a los mercados de todo el mundo.

Un pasillo nos lleva a un inmenso escenario donde la vida palpita intensamente. Hay allí nada menos que un campo de batalla. Deslumbran los potentes

Los Studios de Hollywood son durante el día máquinas formidables que no dejan de funcionar un momento.



FilmoTeca



...Y por la noche, cuando todo en la ciudad duerme, las máquinas siguen funcionando. — Fotos M. G. M.

proyectores. Brillan los cascos y las armas. Centenares de soldados pueblan el tinglado formidable; y por un momento nos sentimos trasladados a las fronteras francoalemanas en 1914.

Más pasillos. Otro escenario. Legiones de muchachas seleccionadas cuidadosamente entre los millares de extras. Por eso se ofrecen a nuestros ojos como una colección de preciosas estatuas de carne. Suena la música y ellas evolucionan con ritmo impecable sobre el parquet encerado. Los potentes reflectores arrancan reflejos de nieve de sus piernas satinadas y centellean, entre las sonrisas en serie, las piedras

preciosas de centenares de dientecllos.

Otro escenario. Un campo de deportes, un verdadero estadio, donde el público rebasa la capacidad de las gradas. Y, abajo, un reñido partido de rugby, donde el galán de la obra lucha encarnizadamente por el triunfo.

Nos llegamos a olvidar de que es de noche y de que nos hallamos en Hollywood. Es como si nuestros pies, dotados momentáneamente de un poder maravilloso, nos trasladaran en pocos pasos de ciudad en ciudad y de continente en continente, pues en cada escenario se habla un idioma distinto y vemos distintos caracteres y ambientes diversos.

Al volver a la calle, otra vez nos sentimos envueltos en la sombra y en el silencio de la ciudad

dormida. Pero pasan algunas horas y el despertar es magnífico, triunfal. Las puertas de los Studios se abren para dar salida a la multitud que contienen y entrada a la que ha de comenzar su trabajo. Todas las ventanas están ya abiertas. Ruedan los autos por las calles, atrojan el espacio con la amenaza de sus bocinas. En los bares se reúnen los que desayunan y los que toman un refrigerio antes de acostarse. Y otra vez está en movimiento esa formidable máquina de la que antes sólo funcionaban algunas piezas en el interior de los Studios.

J. B. VALEJO



TS-15-26

EL PAVO REAL

Primer film sonoro
cantado y hablado por

MAE MURRAY

Producción TIFFANY

Selección ALMIRA

Presentación **ROSELLÓN CINEMA**



VARIAS ESCENAS
DE LA PELÍCULA
"LA CANCIÓN
DEL ARCO IRIS"
SELECCIÓN CINES



señor Sheridan me deja en libertad de hacer lo que quiera. ¿Dónde le parece a usted que podremos hablar?

— Vayan ustedes al salón — aconsejó Miles —. Mientras tanto, yo iré a vestirme. Dentro de veinte minutos habré terminado y podré llevarle a tierra, tía Carolina.

En cuanto Miles se hubo marchado, Teresa acompañó a la señorita Sheridan a la puerta del salón y la invitó a entrar, precediéndola. En el momento en que la joven cruzaba el umbral, su inspirada visita se volvió exclamando:

— ¡Pobre y desgraciada joven! Sé que el Cielo me ha enviado a su lado. Hasta ahora no ha hecho usted más que pecar. Ha llevado una vida muy mala, pero Dios no permite que yo me convierta en su juez. Por eso no la juzgaré. Además, mi corazón rebosa piedad. Es posible que la hayan extraviado a usted cuando apenas había salido de la infancia. Y aun ahora está en su primera juventud y tiene tiempo de cambiar de vida y de arrepentirse. Este es el momento. Y aquí estoy para ayudarla.

Teresa se irguió y, retrocediendo, replicó:

— No he llevado mala vida. ¡No es verdad! Nadie ha podido decirle tal cosa. Y estoy segura de que la señora Harkness no le ha hablado de este modo.

— Su nombre me lo ha contado todo — afirmó la señorita Sheridan —. Es cierto que no lo había conocido hasta hoy, pues en mi mundo jamás oí hablar de usted, pobre hija mía. Pero cuando estaba sentada en la terraza, después de marcharse usted, vino a reunirse conmigo una amiga norteamericana que la reconoció por haberla visto en las tablas y se sorprendió mucho de verla al lado de... Mejor será que no hablen de eso. He venido con el único objeto de rogarle que abandone en el acto a mi sobrino. Es posible que él la haya tratado como debe hacerlo un caballero. Así lo asegura la señora Harkness y espero que tenga razón. Mas eso importa poco. El también ha sido mal aconsejado para que hiciese

este viaje, y le ruego que rompa con él antes de que venga su esposa a arrojarle a los pies de su marido.

— Estoy persuadida de que la señora Sheridan no hará tal cosa — observó Teresa.

— Hablo en sentido figurado. En beneficio de usted misma, hija mía, y sin tener en cuenta a ella y a mi desgraciado sobrino, haga lo que le ruego.

— Yo no me separaré del señor Sheridan más que en el caso de que él lo desee — contestó la joven con la testarudez de María Desmond y un poco del mal genio de Terencio.

— El lo deseará si le dice usted que quiere alejarse, porque eso es lo que más le conviene — insistió diciéndole la tía —. Yo encontraré para usted un hogar bondadoso en Menton, hasta que pueda tomarse alguna decisión con respecto a su porvenir, eso en el supuesto de que se ponga usted en mis manos. E, incluso, si quiere, la alojaré una temporada en mi casa. Estoy segura de que nuestro querido capellán en Menton, el reverendo señor Purkis, aprobará esta invitación e irá a visitarla para hablar con usted. No tengo duda de que la inducirá a llevar otra vida muy distinta.

— No quiero llevar otra vida — contestó Teresa —. No soy mala. Estoy persuadida de ello. Y es posible, también, que el nombre de Julieta Divina no sea tan horrible como usted se figura. Debe usted... ¡Oh!, ya sé que es la tía del señor Sheridan y no quisiera comportarme de un modo rudo con usted. Pero si no cesa de hablar de este modo, no tendré más remedio que hacerlo. Me inclino a creer que tiene usted un modo de pensar horrible.

— Mi mente está llena de paz y de buena voluntad, incluso para los que me maltratan — replicó la señorita Sheridan —. Ruego a Dios que la suya esté penetrada de los mismos sentimientos y, a juzgar por esta conversación, me temo mucho que ya no se halle usted en situación de recibir mi auxilio, porque ni siquiera es capaz de confesar su propio pe-

regla de Monte-Carlo. En fin, gracias a ella ya no podía entrar en las salas de juego, ya se debiese a una tontería o a un olvido; pero el contratiempo era divertido y a su pesar Sheridan se echó a reír.

— Bueno, ya no hay nada que hacer — dijo —. Es usted demasiado joven e inocente para jugar a la ruleta o al treinta y cuarenta en el Casino, aunque esta tarde espero que podré hacerla entrar en el *Sporting Club* sin que me detengan como raptor de menores.

Salieron derrotados y Sheridan seguía riéndose, en tanto que Teresa se sentía avergonzada a más no poder.

— ¿Por qué le ha dado a usted el capricho de decir que tenía diez y siete años? — preguntó.

— Estaba distraída y me olvidé — contestó ella.

Era respuesta muy rara para tal pregunta, pero, en fin, si deseaba decir que tenía diez y siete años, no había inconveniente en permitirse. Sintióse menos deprimido a consecuencia de su risa, la primera que en muchas semanas careció de todo asomo de amargura.

Como el Casino les estaba ya prohibido y el *Sporting Club* cerraba el juego hasta la tarde, llevó a su compañera a ver tiendas en la *Galería Charles-Trois*. A Teresa le entusiasmaron los trajes y los sombreros, las pieles y las joyas que se exhibían en los escaparates, pero casi pareció ofenderse en cuanto Sheridan le ofreció comprarle lo que quisiera.

— En realidad no deseo nada — dijo —. Eso sin contar con que no puedo permitirle que me regale cosa alguna.

Aquella «Muñeca del Millón de Dólares» era una muchacha muy rara.

El restaurante de Ciro no estaba abierto, según era costumbre en aquella época del año, y por esta razón tomaron el *lunch* en el Hotel de París y en la terraza cubierta por un toldo. Allí Sheridan vio a varios conocidos de Nueva York, que, sin duda, reconocieron a Julieta Divina y adivinaron cosas que no se pueden

decir. Ella, sin embargo, estaba tranquila y, al parecer, no le importaba nada todo aquello, como si no conociese los semblantes de los que la miraban. Más tarde, en el *Sporting Club*, Sheridan encontró a muchos amigos que ocupaban algunas villas en Monte-Carlo y aunque antes de llegar allá deseó verlos, ahora, en cambio, habría dado cualquier cosa por evitarlos. Hablaron con él y no le dirigieron pregunta alguna acerca de Julieta Divina, aunque sus miradas eran bastante elocuentes.

«Pronto se difundirá la noticia», pensó él con la mayor amargura.

Luchando con su desagrado y exhibiendo a la joven cuanto pudo, se obligó, también, a enseñarle a jugar a la ruleta. Ella, con la suerte que suele acompañar a los principiantes, ganó, y con la honradez propia de un perro de caza, entregó las ganancias a su profesor.

— ¡Pero si este dinero es mío! — exclamó él, tratando de devolverle el fajo de billetes de cien francos.

— No puedo quedármelo — contestó Teresa —. Usted me dio el dinero necesario para empezar a jugar.

— Eso no importa. Usted, en cambio, escogió los sitios en donde apostó.

— Es inútil. No me quedará este dinero — insistió ella meneando la cabeza.

Miles frunció el ceño y después de una pausa dijo:

— No vamos a disputar aquí, pero sepa que me ofenderé si se niega a aceptar algo de mí y mucho más cuando es cosa que le pertenece, como ocurre ahora.

La joven le miró como si fuera una niña a la que acababan de regañar. Separó un billete de los demás y lo guardó en el bolso de Julia.

— Siendo así me guardaré éste para no ofenderle — dijo —. Pero, en cambio, usted deberá quedarse con el resto.

— No quiero — insistió Miles —. Y puesto que usted tampoco consiente en quedárselo, juegue de una sola vez.

— Lo voy a poner todo en la primera decena — dijo ella — si usted me promete guardarse las ganancias.

Curioso por ver lo que ocurriría, Miles aceptó, aunque dijo:

— Tenga usted en cuenta que no habrá ganancias.

En efecto, salió la primera decena y así Teresa ganó mil francos, o sea el doble de su postura. Con la mayor gravedad dió el dinero a Sheridan, quien no tuvo más remedio que cumplir la palabra dada. Y recordó algunas palabras de Harkness al día siguiente de llegar a las Azores, cuando le dijo que, a su juicio, aquella

joven no tenía un solo centavo.

A las seis de la tarde Teresa se vió a bordo de una lancha que la devolvía al yate para vestirse, y Sheridan le preguntó si estaba fatigada.

— Si no quiere no tiene necesidad de volver a tierra esta noche — añadió.

— ¡Oh, sí! Desco desembarcar — contestó —. En realidad, no estoy cansada... sino pensativa.

— ¿Y en qué piensa usted?

— En mil cosas.

Pero una de las que no esperaba la aguardaba entonces, porque la señorita Carolina Sheridan estaba a bordo del «Silverwood».

CAPÍTULO XXVI



El amor y la gratitud que Miles sintió por la anciana señora Parmalee le dió una impresión exagerada de los deberes de un hombre con respecto a las señoras de edad. Habría sido imposible tratar con rudeza a su tía, aunque le fastidiaba en extremo la libertad que se tomó de ir a bordo de su yate después que él se hubo negado a invitarla.

Al llegar, en compañía de Teresa, encontró a la anciana sentada en la cubierta, y en cuanto ésta los vió, se puso en pie y se acercó a ellos, con la misma expresión de quien mandase un ejército al que lleva a conquistar el martirio.

— Querido Miles — dijo antes de que la sorpresa permitiese al joven respirar siquiera —, debes perdonarme. No he tenido más remedio que obrar así. Después de recibir esta tarde la visita de tu fiel y anciana niñera, comprendí que mi deber me imponía visitaros cuanto antes. No había tiempo que perder. Salí de Menton trayendo conmigo a la señora Harkness e insistí en venir a bordo, aunque me constaba que no sería bien recibida.

— Ya le dije a usted, tía Carolina — le recordó Miles Sheridan —, que

si no la invitaba era en su propio beneficio.

— Tengo la costumbre de olvidarme de mí misma cuando se trata de cumplir un deber, y me di cuenta de que ahora me hallo en este caso. Además, siento con la mayor claridad que he sido «enviada» — añadió bajando la voz. Sus ojos pálidos fijaban una ardiente y significativa mirada, primero en su sobrino y luego en la joven, que no se atrevía a huir —. He creído — continuó diciendo la señorita Sheridan — y he rogado «que se me guíase». Entonces sentí la impresión de que debía realizar este esfuerzo. Ahora, Miles, ten en cuenta que desco hablar a solas con la señorita Divina. Pero antes de dejarte, debo mencionar, en presencia de ambos, que he creído mi deber escribir a tu esposa. Y en mi carta le aconsejé y le rogué que viniese a reunirse contigo.

Miles se echó a reír de un modo algo forzado.

— ¡Pobre tía Carolina! — exclamó —. Tiene usted un optimismo maravilloso. Tal vez se deba a que Harkness, al hablar con usted de mis asuntos, no le ha dicho todo lo ocurrido.

— Sí. Me lo dijo, y se esforzó en

demostrarme que no te habías metido en una aventura corriente. Y también me dió a entender que te sacrificabas con objeto de proteger a Isabel. Sin embargo, como es muy natural, tu ex tífiera está de tu parte y parece desconfiar en extremo de tu esposa, lo cual me da a entender que está celosa. Creo sinceramente que puede ser injusta, como muchas veces lo son las viejas con respecto a las jóvenes. «Yo misma» he podido comprobarlo, pero aun cuando la señora Harkness tenga razón en parte, todavía es posible salvar la situación y evitar un escándalo familiar. Le he escrito a Isabel con la mayor vehemencia, apelando a su corazón y a su deber. Siento la impresión de que mis oraciones me han inspirado y que si puede hacerse algo en este asunto, yo sola soy la llamada a realizarlo.

— ¡Créame usted si le digo que ya ha pasado la ocasión propicia! — exclamó Miles con voz insegura —. Mi mujer y yo no nos hemos querido nunca como se quieren los hombres y las mujeres en las novelas y pocas veces en la vida real. De no haber sido por el deseo de la señora Parmalee, lo más probable es que yo no me hubiese casado, y ésta es la razón que me impide juzgar a Isabel con demasiada rudeza por el hecho de que ame a otro mucho más de lo que me quiso a mí. Es una desgracia y nada más. Por otra parte, hay algunas circunstancias desagradables relacionadas con mi descubrimiento de sus sentimientos. Isabel desca empezar de nuevo la vida a su gusto. Y yo me dispongo a facilitárselo siguiendo la línea de menor resistencia. Estoy persuadido de que obro lo mejor que puedo. Antes de salir de Nueva York, Isabel estaba enterada de mi proyecto y de todo lo que iba a ocurrir aunque, como se comprende, ello es todavía un secreto para los demás, porque, de no ser así, no le concederían el divorcio y todos mis esfuerzos habrían sido vanos. Estoy persuadido de que romperá la carta y que incluso se reirá un poco de usted así como de su ino-

cencia. Eso será todo lo que logrará usted.

— No estoy conforme contigo, Miles — protestó la señorita Sheridan mientras jadeaba su estrecho pecho por encima del antiguo corsé —. No hay mujer capaz de leer mi carta sin conmoverse. Isabel se arrepentirá, cualesquiera que sean sus faltas, y emprenderá el viaje con cuanto rapidez le sea posible a fin de reunirse contigo. Implorará tu perdón y estoy persuadida de que tú harás lo mismo con ella. No hay nada como la indulgencia mutua entre dos personas que han cometido un error y que por fin vuelven a reunirse otra vez.

La impaciencia de Miles había alcanzado ya su máximo. Pero se dió cuenta de que la fanática sinceridad de su tía merecía cierto respeto.

— Bueno. Creeré en la llegada de Isabel cuando la vea con mis propios ojos. Mientras tanto, le agradezco su interés y me consta que sus propósitos son bien intencionados. Creo que ya no hay nada más que decir acerca del particular. ¿Quiere usted que la acompañe a tierra y que le busque un taxi, o bien preferirá honrarnos a la señorita Divina y a mí cenando con nosotros en el Hotel de París a cosa de las nueve? Espero que no aceptará esta invitación, pero...

— Nunca he cenado en Monte-Carlo y no lo haré en mi vida — replicó la señorita Sheridan —. Podrán llevarme a tierra un poco más tarde y volveremos a hablar de este asunto. Ante todo quiero conversar con la señorita Divina. Este fue mi propósito principal al venir a bordo, a pesar de tu prohibición, Miles.

La señorita Divina decidirá si antes de vestirse para cenar tiene tiempo que dedicar a usted, tía Carolina — replicó Sheridan.

— Señorita Divina, no puedo creer que rechace usted mis deseos sinceros — dijo la anciana volviéndose a la joven.

— Como es natural, no me niego — replicó Teresa — toda vez que el

ALBUM DE
FILM SELECTO

Filmoteca



RAMÓN PEREDA



AMELIA MUÑOZ